

empleo del tiempo durante el verano siguiente; del sitio en que pasaríamos el invierno y de qué manera. Esta era una cuestión grave ¿y por qué? En cuanto á mí me parecía tan sencillo como evidente, que la vida debía consistir en ser dichosa y en el porvenir no podía figurarme otra cosa más que la felicidad como si de pronto nuestra vetusta y sombría mansión de Pokrovski se inundase de luz y vida.



II

Mientras tanto había llegado la primavera y mis aburrimientos de antaño se desvanecieron trocándolos por esas tristezas soñadoras y primaverales tejidas con esperanzas desconocidas y deseos borrosos no satisfechos. Y, sin embargo, mi vida no era la que había llevado al empezar el invierno: me ocupaba de Sonia, de música, de estudios y con mucha frecuencia íbame al jardín por el que vagaba durante largo rato sola á través de los paseos

ó me sentaba en un banco. Sólo Dios sabe en lo que pensaba, deseaba ó ansiaba. Algunas veces pasaba noches enteras asomada á la ventana de mi cuarto, sobretodo en las noches de luna, permaneciendo así hasta el amanecer. Otras veces, sin que Macha lo supiese y con mi traje de noche, bajaba al jardín yéndome al estanque pisando la hierba cubierta de rocío, y una vez me salí al campo ó pasé la noche dando la vuelta al parque. Ahora me es muy difícil comprender y mucho menos explicarme los ensueños que por aquella época agitaban mi imaginación. Si alguna vez consigo acordarme, me cuesta mucho trabajo convencerme de que esos ensueños fuesen realmente míos, tan extraños y tan alejados de la vida real eran.

A fines de Mayo, y conforme lo había prometido, regresó Sergio Mikailovitch de su viaje y la primera vez que estuvo á visitarnos, fué durante una tarde en ocasión en que no le esperábamos. Estábamos sentadas en la terraza y disponiéndonos á tomar el té. El

jardín hallábase todo él ya cubierto de verdor y en Pokrovski, en todos los macizos cubiertos de hojas, habían establecido su domicilio los ruiseñores. Acá y acullá frondosas matas de lilas elevaban sus cabezas como esmaltadas con tintas blancas y violáceas, mientras que sus flores se preparaban á abrirse. Las hojas, en los paseos bordeados de árboles, parecían transparentes, iluminadas al soslayo por los rayos del sol poniente y en la terraza se iba extendiendo una sombra fresca, mientras que el abundante rocío del atardecer inundaba los verdes céspedes. En el patio, detrás del jardín, se oían los últimos ruidos del día y los balidos de los ganados que volvían al establo; el pobre loco Nikone pasaba por el sendero al pie de la terraza empujando un carretón con un tonel, y muy pronto escapáronse torrentes de agua fría de las regueras, trazando círculos negruzcos sobre la tierra recién removida al pié de las dalias y de las demás flores. Delante de nosotras, en la terraza y encima de un blanquí-

simo mantel, resplandecía una tetera que parecía, por lo limpia, bruñida, de la que se escapaban chorros de vapor y á la que rodeaban unos cuantos platitos con nata, pastas y confituras. Macha, como mujer hacendosa, lavaba las tazas con sus manos regordetillas y en cuanto á mí, sin esperar el té, porque el baño que acababa de tomar me había abierto el apetito, me entretenía en comer pan untado con una nata fresca y muy espesa. Llevaba una blusa de tela con mangas abiertas y tenía la cabeza envuelta con un gran pañuelo para que no se me empolvase el pelo aún húmedo. Macha fué la primera que le vió á través de la ventana.

—¡Ay! ¡Es Sergio Mikailovitch! Precisamente ahora estábamos hablando de vos.

Me puse en pie con el propósito de irme á cambiar de traje, pero me alcanzó en el momento en que llegaba á la puerta.

—Vamos, Katia, estaos quieta que en el campo no hay que hacer ceremonias,—me dijo, y contempló sonriendo mi cabeza y el

pañuelo que la cubría.—Con seguridad que no hareis tanto cumplimiento delante de Gregorio y no quiero ser para vos ni más ni menos que Gregorio.

Al mismo tiempo, empero, me pareció que no me miraba como debía haberlo hecho Gregorio y esto me apuró un poco.

—Vuelvo en seguida,—dije alejándome.

—¿Y qué hay de malo en esto?—preguntó siguiéndome los pasos.—Cualquiera que os viese os tomaría por una aldeana.

—De qué manera más extraña me miró,—me dije al mismo tiempo que subía la escalera apresurada para irme á mudar.—Gracias á Dios que al cabo ha vuelto y que vamos á estar más alegres.

Después de mirarme un momento al espejo, volví á bajar muy alegre y sin disimular mi apresuramiento, llegué sin aliento á la terraza. Mi tutor estaba sentado al lado de la mesa hablando con Macha de nuestros negocios. Al verme se sonrió y continuó hablando. A juzgar por lo que decía, nuestros asuntos se ha-

llaban en un estado sumamente satisfactorio. No teníamos que hacer más, que esperar á que concluyese el verano, que pasaríamos en el campo, y en seguida podríamos ir á San Petersburgo para la educación de Sonia ó bien al extranjero.

—Todo eso estaría muy bien si pudieseis acompañarnos al extranjero,—observó Macha,—porque solas va á parecer que nos hemos extraviado.

—¡Ah! ¡Pluguere á Dios que pudiese dar la vuelta al mundo con vosotras!—replicó medio en broma medio en serio.

—¡Sea!—dije entonces.—¡Vamos á dar la vuelta al mundo!

—¿Y mi madre y mis negocios?—replicó sonriendo y meneando la cabeza.—Vamos, dejemos esto á un lado y contadme de que manera pasasteis el tiempo; ¿será posible que os hayais aburrido aún?

Cuando le conté que, sin su compañía, había sabido entretenerme y no aburrirme y Macha se lo confirmó, me elogió mucho diri-

giéndome miradas y palabras para alentarme, lo mismo que si yo fuese una niña y él tuviese realmente derecho á hacerlo. Me pareció que era conveniente le contase detalladamente, y sobre todo con mucha sinceridad, todo cuanto había hecho bueno y revelarle, como en confesión todo lo malo y que por el contrario podía merecer su censura. Era tan hermosa la noche, que después de servido el té permanecimos mucho tiempo en la terraza, y me pareció tan interesante la conversación, que no me di cuenta de que, poco á poco, habían ido apagándose de una manera insensible todos los ruidos de la casa. De todas partes desprendiase el penetrante perfume de las flores, el rocío, cada vez más abundante, humedecía los céspedes y los ruiseñores lanzaban al aire sus trinos casi á nuestro lado, ocultos entre los macizos de lilas, y se callaban á veces al oír el rumor de nuestras voces. El cielo estrellado parecía ir bajando sobre nuestras cabezas. Lo que me hizo comprender que se acercaba la noche, fué el oír

de pronto, bajo el toldo que cubría la terraza, el ruido sordo producido por el vuelo de un murciélago que atontado daba vueltas al redor de mi vestido blanco. Me arrimé á la pared y me faltó muy poco para lanzar un grito, pero el murciélago, tan silenciosamente como había entrado, se escapó de debajo del toldo y se perdió entre las sombras del jardín.

—¡Cuánto me gusta Pokrovskil!—dijo Sergio Mikailovitch interrumpiendo la conversación.—¡Se podría dar cualquier cosa por detenerse toda la vida en esta terraza!

—Pues bien,—contestó Macha,—deteneos.

—¡Ah! ¡Sí, detenerse, detenerse; pero la vida no se para nunca!

—¿Porqué no os casais?—preguntó Macha.—Seríais un marido excelente.

—¿Por qué?—dijo sonriendo.—Hace mucho tiempo he dejado de considerarme como un hombre en estado de casarme.

—¡Cómo!—exclamó Macha.—¿A los treinta y seis años pretendéis que estais ya cansado de vivir?

—Sí, por cierto, y de tal modo cansado que no pienso más que en el descanso. Para casarse es necesario poder ofrecer otra cosa. Preguntad á Katia,—añadió, señalándome con la cabeza;—ahí teneis á quien es preciso casar y á nosotros no nos queda más papel que desempeñar que el de gozar de su felicidad.

En la entonación de su voz se revelaba una secreta melancolía, una tensión especial que no me pasó inadvertida. Durante un momento se quedó silencioso y ni Macha ni yo le dijimos nada.

—Figuraos,—empezó á decir acercándose á la mesa,—que de pronto, no sé porque deplorable accidente me casaba con una muchacha de diecisiete años como Katia Alexandrovna! Ahí teneis un hermoso ejemplo y celebros mucho que pueda aplicarse tanto á las circunstancias... no podía haber otro mejor...

Me eché á reir, pero no pude comprender del todo por que se mostraba tan contento ni por qué el ejemplo tenía tan buena aplicación.

—Pues bien, decidme la verdad, poniéndoos la mano sobre el corazón—añadió volviéndose hácia mí con aire de broma,—¿acaso no sería una gran desgracia para vos el unir vuestra vida á la de un hombre viejo ya, que hizo cuanto podía y que no quiere continuar en el estado en que se halla, cuando vos, en cambio, sabe Dios á donde puede llevaros vuestra fantasía?

No me encontraba á gusto y no le respondí, no sabiendo qué decirle.

—No vengo á pedir os vuestra mano,—siguió diciendo y echándose á reir,—pero á la verdad ¿no sería una gran desgracia que fuese el marido en que soñais cuando os paseais de noche por el desierto jardín?

—No sería una gran desgracia...—empecé á decir.

—Ni tampoco un gran bien,—terminó él.

—Sí, pero me puedo equivocar.

Volviéme á interrumpir.

—Ya lo veis; tiene razón y yo le agradezco la franqueza, celebrando mucho que hayamos

hablado de este modo y añadiré que eso hubiese sido una gran desgracia para mí.

—¡Qué hombre más especial sois! Ya estoy viendo que no cambiasteis en nada,—exclamó Macha que se marchó de la terraza para mandar que sirviesen la cena.

Nos quedamos silenciosos después de retirarse Macha, y todo cuanto nos rodeaba parecía mudo. Un ruiseñor empezó un canto, no ese canto cortado é indeciso del atardecer, sino ese otro canto prolongado, lento y tranquilo, cuyos trinos llenaban todo el jardín, mientras que en el fondo de una torrentera le contestaba otro ruiseñor que cantaba por vez primera. El más cercano se callaba entonces, como si se pusiese á escuchar, y después volvía á lanzar al aire trinos más altos y penetrantes. Y sus cantos resonaban con una calma suprema en el seno de ese mundo de la noche que les pertenece á ellos y al que nosotros somos completamente extraños. El jardinero se marchó alinvernadero para acos-

tarse, y bajo sus gruesas botas rechinaba la arena del sendero al hollarla con tardo paso y ese ruido se alejaba cada vez más. En medio del silencio profundo de la noche oyéronse dos agudos silbidos y después todo quedó como antes, no oyéronse apenas el rumor producido por las hojas al moverse; de pronto se movió el follaje, henchéndose el toldo de la terraza agitado por un soplo de aire y un perfume más penetrante se esparció á nuestro alrededor. Aquel tan prolongado silencio me molestaba; pero no sabía que decir. Le miré y sus ojos, que brillaban en la sombra, estaban fijos en mí.

—¡Qué cosa más buena es vivir en este mundo!—murmuró.

No sé aún por qué, mas, al oír esas palabras, suspiré.

—¿Cómo?

—Sí, que es muy bueno vivir en este mundo,—repetí.

Y volvimos á quedarnos silenciosos y otra vez no me encontré á gusto. Me dominaba

continuamente la idea de que le había hecho sufrir al convenir con él en que era viejo; habría deseado consolarle y no sabía como hacerlo.

—¡Adiós!—me dijo poniéndose en pie.—Mi madre me estará esperando para cenar y apenas hablé hoy con ella.

—Y yo que habría querido que oyeseis una nueva sonata.

—Otra vez será,—me contestó con frialdad, ó, á lo menos, á mí me lo pareció, y dando un paso me dijo con acento sencillo:—¡Adiós!

Más que nunca sospeché entonces que le había hecho sufrir y me quedé muy triste. Macha y yo le acompañamos hasta la escalinata y nos quedamos en lo alto de ésta mirando hácia el lado que había desaparecido. Cuando dejamos de oír el ruido que producían los cascos de su montura al golpear el suelo, me paseé alrededor de la terraza poniéndome más tarde á contemplar el jardín y, á través de la húmeda bruma en el seno de la que palpaban todos los rumores de la noche, perma-

necl aún durante largo tiempo viendo y oyendo todo aquello que, á mi fantasía, se la antojó ver y oír.

Volvió Mikailovitch una segunda y una tercera vez y el malestar que me produjera la extraña conversación sostenida entre ambos, no tardó en desvanecerse para no volverse á presentarse más. Durante el curso del verano fué á vernos dos ó tres veces por semana y de tal modo me acostumbré á su compañía, que, cuando pasaba algún tiempo sin parecer por nuestra casa, se me hacía muy penoso el vivir tan sola; en mi fuero interno me incomodaba con él y me parecía que no obrara bien abandonándome de aquella manera. Respecto á mi se transformó en una especie de amigo ó compañero que me hacía preguntas á las que, por mi parte, respondía con entera franqueza, con gran sinceridad, que, además, me daba consejos, me alentaba y, hasta á veces, me reprendía conteniéndome en caso de necesidad. Empero, á pesar de todos los esfuerzos hechos para mantenerse á mi nivel,

no podía yo por menos de comprender que, al lado de todo cuanto de él conocía, había en su fondo otro mundo entero al que era yo completamente extraña y en el que él no creía conveniente admitirme. Y esto, más que nada, era lo que sostenía, conservándola, la deferencia con que le trataba y al mismo tiempo servía para atraerme hacia él. Sabía por Macha y por algunos amigos de la vecindad que, aparte de los cuidados á su madre, con la que vivía, y aparte de los quebraderos de cabeza que podían producirle nuestra tutela y la administración de sus propias haciendas, tenía además á su cargo varios asuntos concernientes á la nobleza, asuntos que le causaban muchos disgustos y no pude conseguir jamás averiguar como consideraba toda esa situación, qué pensamientos le inspiraba ni cuáles eran sus planes ó esperanzas.

Si alguna vez intenté hacer que recayese la conversación acerca de sus asuntos, plegábase su frente de cierta manera como si quisiese decirme: «Dejemos eso á un lado y, después de

todo, ¿á vos que os importa?» Y en seguida cambiaba de conversación. Al principio esto me ofendió, pero después adquirí de tal manera la costumbre, que jamás le hablaba más que de lo que me convenía á mí y al cabo lo encontré, al hacerlo así, lo más natural del mudo.

Al principio me desagradaba bastante, pero más tarde encontré en ello cierto placer, al ver la perfecta indiferencia, diré más bién llamándolo desprecio con que miraba mi exterior. Nunca, ni por sus palabras, ni por sus miradas, me dió á entender que le parecía linda; al revés, fruncía el entrecejo ó se echaba á reir cuando alguien me decía en su presencia que yo no estaba del todo mal. Otras veces se complacía en hallar defectos de mi rostro y en burlarse de ellos. Los trajes de moda, los sombreros ó peinados con que Macha hacía que me engalanase los días de fiesta no hacían más que provocar sus burlas, lo que naturalmente, apenaba mucho á la buena de Macha y en los primeros tiempos, como era

muy puesto en razón, me desconcertaba á mi también.

Macha, á quien la parecía que yo no desagradaba á Sergio Mikailovitch, no acertaba á explicarse como no quería que aquella mujer, que le gustaba, se presentase de la manera que resultaba más favorecida, pero pronto me dí cuenta de lo que convenía más con él; quería creer que yo no era coqueta y cuando lo comprendí así, no quedó en mí ni sombra de coquetería en materia de trajes, peinado ó manera de presentarme y la coquetaría quedó reemplazada, y esto fué una ligera artimaña hilvanada con el hilo blanco, por otra coquetería, la de la sencillez, aún en aquel caso en que yo misma no conseguía ser sencilla. Veía que me amaba y que si me quería como á mujer ó como á niña no me lo había preguntado hasta entonces. Aquel cariño me era muy querido y comprendiendo que me tenía por la muchacha mejor del mundo, no podía por menos de desear que aquel fraude continuase cegándole.

Y, en efecto, le engañaba casi involuntariamente; pero al engañarle hacíame yo mucho mejor aún. Comprendí que sería muy preferible y mas digno de él desarrollar más las cualidades de mi alma que no de mi cuerpo. Se me figuraba que una sola mirada le habría bastado para apreciar mis cabellos, mis manos, mi rostro y mis modales, fuese todo ello lo que quisiese, pues le cortaba que, aun cuando hubiese querido engañarle, no habría podido añadir nada á mi exterior. Por el contrario, no conocía mi alma, por qué la amaba, por qué precisamente en ese mismo tiempo se hallaba en pleno período de crecimiento y de desarrollo y por último, por qué en semejante materia me era fácil engañarle y, en efecto, le engañaba. ¡Qué consuelo tuve y como me sentí como aliviada de un gran peso cuando así lo comprendí! Aquellas agitaciones sin causa, aquella necesidad de movimiento que en cierto modo me oprimían, desaparecieron completamente, pareciéndome desde entonces que, sea de frente, sea de costado, en pie ó

sentada, que estuviese peinada con el pelo liso ó rizado, me miraba Sergio siempre con alegría, pues que, á la sazón, me conocía por completo, y me figuré qué estaba tan satisfecho de mí como yo misma lo estaba. Creo realmente que si, contra lo que acostumbraba, me hubiese dicho de pronto como los demás, que era muy linda me habrír incomodado un poco quizás; más en cambio, que alegría, que serenidad experimentaba en el fondo de mi alma cuando después, de oirme decir algunas palabras, me miraba con mucha atención y me decía con un acento conmovido, que quería hacer placentero:

—Sí, si, hay en vos alguna cosa. Sois una buena muchacha y debo confesarlo.

¿Y por qué recibía esas recompensas que llenaban mi corazón de alegría y de orgullo? Unas veces por haber manifestado que me era simpático el cariño que demostraba el anciano Gregorio á su nietecita, otras por qué me conmovía hasta el extremo de derramar lágrimas leyendo unas poesías ó una novela ó por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

54954

que había preferido á Mozart dejando á Schulloff. Era para mí una cosa que me admiraba esa intuición desacostumbrada que hacía adivinarse yo lo que estaba bien y lo que se debía amar en aquella época en que no sabía yo de una manera perfecta lo que era *lo bueno*, ni lo que hay que amar. La mayor parte de mis costumbres pasadas y de mis gustos, le desagradaban y bastaba un movimiento imperceptible de su entrecejo, una mirada suya para que comprendiese yo que no aprobaba lo que quería hacer, ó bien un pequeño mohín de compasión un tanto desdeñosa, que le era peculiar, para que me figurase que no amaba ya lo que antes amara.

Si se le ocurría el pensamiento de darme algún consejo acerca de cualquier cosa, fuese la que quisiere, sabía por anticipado lo que tenía que decirme. Me interrogaba con la mirada, y esa sola mirada bastaba para arrancarme el pensamiento que quería conocer. Todos mis pensamientos, todos mis sentimientos en aquellos tiempos fueron su pensamiento

y su sentimiento que de pronto se hicieron míos, penetrando en mi vida é iluminándola hasta cierto punto. De una manera completamente insensible para mí empecé á ver las cosas bajo otro aspecto, lo mismo á Macha que á cuantos me rodeaban, y hasta á Sonia misma, y mis propias ocupaciones y hasta los libros que, en otra época, leyera para combatir el aburrimiento, se me aparecieron de pronto como uno de los más grandes encantos de la vida, y esto, nada más que por la sencilla razón de que con Sergio hablábamos de libros, que juntos leíamos éstos y que él me los llevaba. Antes de suceder esto, había considerado yo siempre como un trabajo penoso y pasado lo que hacía con Sonia, las lecciones que la daba, llevándolo á cabo todo impulsada solamente por el sentimiento del deber; pero entonces que, algunas veces, presenciaba él esas lecciones, una de las cosas que más me complacían era observar los adelantos de mi hermanita. Siempre me había parecido imposible aprender por completo una obra entera

de música, y al presente, sabiendo que él quizás la escucharía y que muy bien podría también aplaudirme, no vacilaba en tocar cuarenta veces seguidas el mismo pasaje, tanto que la pobre Macha acababa por taparse los oídos con algodón en rama, mientras que á mí, por el contrario no me aburría la cosa. Aquellas angustias sonatas se parafraseaban entonces bajo mis dedos de una manera muy distinta y muchísimo más superior é inteligente. Hasta Macha, á la que tan á fondo conocía y á la que tanto quería, había cambiado mucho á mis ojos. Entonces fué únicamente cuando comprendí que nada ni nadie había obligado á Macha á ser lo que fué para nosotras, una madre, una amiga, una esclava de nuestros caprichos.

Comprendí toda la abnegación, toda la adhesión de aquella criatura tan cariñosa y toda la grandeza de mis obligaciones para con ella y la quería cada vez más. Me había enseñado á tratar con consideración á nuestra servi-

dumbre, á nuestros labradores drorovies (1) y criadas, mirándolos bajo otro punto de vista muy distinto que hasta entonces. Será todo lo cómico que se quiera al decirlo, pero á los diecisiete años vivía entre ellos lo mismo que una extraña entre personas á las que no hubiese visto nunca y sin haberseme ocurrido ni una sola vez que pudiesen ser seres susceptibles ellos también de amor, de deseos y de pesares como yo misma. Nuestro jardín, nuestros bosques y campos, que conocía desde que tenía uso de razón, convirtiéronse para mí de pronto en objetos nuevos y cuya belleza empecé á admirar.

No en vano se dice, y no está mal dicho, que en la vida sólo hay una felicidad cierta, la de vivir para los demás. Esto me parecía extraño y no lo comprendía, pero esa convicción, á pesar de mi pensamiento, iba penetrando poco á poco hasta la mas íntimo de mi co-

(1) Servidumbre muy numerosa del exterior de la casa y que componía, antes del úkase imperial que decretó la libertad de los siervos, lo que se llamaba corte entre los ricos hacendados del campo.

razón. En una palabra, que Sergio Milkailovitch abrió para mí una nueva era de vida, pero una vida nueva, llena de goces al presente y sin haber cambiado nada mi existencia anterior ni añadido nada á ella y sin hacer más que desarrollar en mí cada una de sus sensaciones. Todo, desde mi infancia había quedado envuelto á mi alrededor en una especie de silencio y esperado únicamente á su presencia para levantar la voz hablar á mi alma y llenarla de goces.

Con mucha frecuencia y en el curso de aquel verano, subía á mi cuarto y me echaba en mi cama y allí, en lugar de mis antiguas angustias de la primavera, llenas de deseos y de esperanzas del porvenir, me oprimía otra turbación, la de la felicidad presente. No podía quedarme dormida y me levantaba, sentándome en la cama de Macha á la que decía que me consideraba completamente dichosa lo que cuando lo recuerdo, hoy, me dijo que era completamente innecesario por que ella misma lo estaba viendo. Respondíame que

ella tampoco tenía nada que desear, que era también dichosa y me abrazaba. La creía por que me parecía necesario y justo que todos fuesen felices; pero Macha además podía ceder á las exigencias del sueño y haciéndose la incomodada me decía me apartase de allí y la dejase dormir mientras que yo, por el contrario permanecía largo tiempo despierta dando vueltas á las razones que tenía para no dormir. En algunas ocasiones me levantaba y empezaba por segunda vez mis oraciones pues en la abundancia de mi corazón rezaba para dar mejor gracias á Dios por toda la felicidad que me concedió.

Reinaba en mi cuarto una profunda tranquilidad y sólo se oía la respiración regular de Macha durante un sueño, el tic tac del reloj que tenía colocado á la cabecera de la cama y me volvía pronunciando algunas palabras persignándome ó besando la crucecita que llevaba colgada al cuello. Estaban cerradas las puertas, los postiguillos ocultaban las ventanas y no sé que zumbido de mosca, que

se agitaba en un rincón se percibía y llegaba hasta mi oído. Habría deseado no abandonar aquella habitación y que la mañana no disipara aquella atmósfera toda impregnada de mi alma y en la que me sentía como envuelta. Parecíame que mis sueños, mis pensamientos y mis besos, eran otras tantas esencias animadas que, en medio de aquellas tinieblas, revoloteaban al rededor de mi lecho y se extendían sobre mi cabeza. Y cada pensamiento era su pensamiento; cada sentimiento, su sentimiento. No sabía aún que era el amor; figurabaseme que podía ser siempre así y que semejante sentimiento se daba sin exigir la recíproca.



III

Un día, en la época de la recolección de los trigos, bajamos á pasar la tarde en el jardín Macha, Sonia y yo, yéndonos á sentar á nuestro banco favorito á la sombra de los tilos, y en un altillo del que se podían ver los campos y los bosques.

Hacia tres días que Sergio Milkailovitch no iba á vernos y le esperábamos aquel día con tanto mayor motivo cuanto que había prome-